

Efraín Bartolomé: rimas ígneas

MANUEL SALAS

I

“Para ser poetas se necesita mucho tiempo: horas y horas de soledad son necesarias para formar algo que es fuerza, abandono, vicio, libertad, para darle forma al caos.” Este texto de Pier Paolo Pasolini es uno de los muchos, admirables, reveladores y siempre intranquilizadores fragmentos que el poeta Efraín Bartolomé ha reunido en esta pequeña gran casa: este *penthouse* de lujo de *La poesía*, casa de y para los poetas.

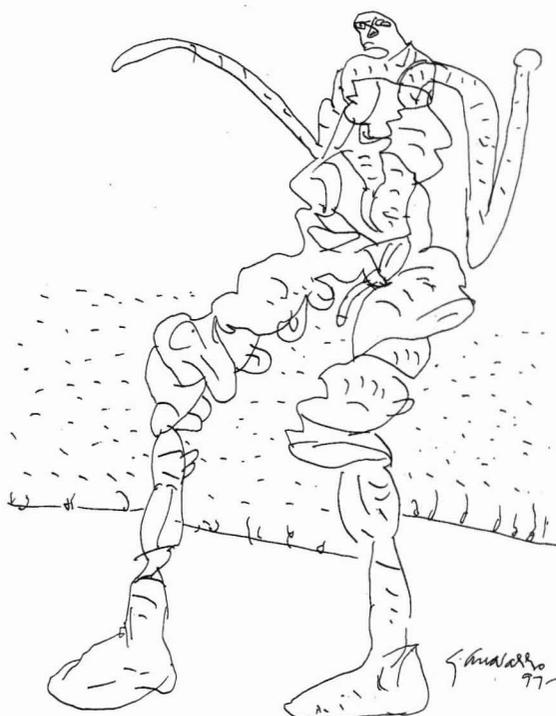
Fragmentos no sólo de poemas sino también de piel, de huesos, corazón, arterias y neuronas de poeta. Trozos de vida que son pedazos de trabajo y de pasión al servicio de la Poesía, al servicio de la Madre de todos los poetas, y al servicio, finalmente, de su segunda camada que somos todos nosotros: los lectores de poesía.

Los poetas hablan en esta mesa familiar, en este banquete en el que los reúne Efraín Bartolomé, acerca del oficio y el maleficio que representa escribir el mundo sobre la piel y leerlo en el pulso de las venas.

Ahí oímos a Cesare Pavese decirse a sí mismo: “La vida se venga —y está bien— si uno le roba el oficio.” Pero no sólo encontramos en este libro a los poetas benditos y malditos: ladrones de fuego, como los llama Rimbaud; también se hallan otros convidados ilustres en esta cena de brasas: filósofos, historiadores e incluso uno que otro crítico adelantado. Pero sólo aquellos que comprenden, aunque no lo sepan de primera mano, lo que sí sabe Nizami, que “bajo la lengua del poeta se esconde la llave del tesoro”. Así lo entiende Montaigne y por eso afirma que la poesía, “la buena, la suprema, la divina, está por encima de las reglas y la razón. No

intenta seducir nuestro juicio; lo rapta y lo destroza”.

Hablar sobre un libro en donde cada oración, cada palabra, es una *rima ígnea* (en el sentido que estas palabras tenían para los latinos: *rimas ígneas*: surcos de fuego, relámpagos) es sumamente difícil. Hablar



con mesura acerca de lo que no tiene medida es sumamente difícil. Por lo menos hablar con la mesura que requiere la etiqueta cultural al uso. Pretender dar luz con tan sólo la materia gris del intelecto, acerca de la materia luminosa que como un continuo y duradero relámpago atraviesa estas páginas es, finalmente, absurdo. Por eso opto mejor por expresar mi regocijo como lector de poesía y mi experiencia personal ante esta selección amorosa, penetrante y paciente que hoy nos ocupa.

Ésta es, pues, la historia de una lectura de ya varios años, comenzada como apren-

diz del oficio en el taller de poesía coordinado por Efraín Bartolomé. Fue en esas sesiones donde, intuyo, tuvo su origen esta antología. Y fue ahí donde se probó la luminosidad que estos fragmentos tienen para esclarecer puntos esenciales y claves del quehacer poético. Los que entonces iniciamos la búsqueda de “la llave del tesoro” conocimos ahí la actitud de los poetas que en verdad dicen algo sobre el oficio y sobre la vida; cómo se comportan ante su material de trabajo: el lenguaje, las palabras, las emociones, los sueños, y sus frutos más sazonados en el poema. Me parece, asimismo, que el destino último de este libro, su razón de ser, se encuentra íntimamente ligado, íntimamente incrustado, sembrado, ceñido, a las sesiones de aprendizaje y trabajo que en ese taller de herrería y alquimia, desnudez y magia, varios de los aquí presentes compartimos y experimentamos.

Muchos de los pasajes ahora contenidos en el libro los escuché en boca de Efraín antes de leerlos en las obras de sus respectivos autores. Esto ocurría tras el comentario y la discusión que suscitaba un texto sometido a la crítica en el taller. Muchas veces oía a Efraín, como punto final, citar de memoria estas sentencias literalmente la pidarias. Esas frases parecían decirnos algo o todo sobre el problema específico, sobre la fortuna o la mala fortuna del texto en cuestión. Confieso que no pocas veces (cuando el texto era el mío), lamenté en secreto que poetas como Gottfried Benn, Machado o Blake hubiesen escrito ese pasaje que a mí me dejaba, literalmente, sin palabras; pero también, con la enseñanza y el silencio necesario —como quiere Yanniss Ritsos— “en el corazón para el canto”.

“La luz anda descalza en lo que hablamos”, sentencia en este libro el poeta Eduardo Carranza. Y así nos parecía a nosotros, los integrantes del taller, que la Luz, muchas veces, rondaba en nuestra mesa de trabajo.

II

“Desechar de la Poesía todo lo que no sea Inspiración” es el abismo y el “camino del

aire” que propone Blake para el ave y para el hombre. Efraín Bartolomé hace ya varios años que ha hecho suyo ese aire, lo ha transitado y ha experimentado su vértigo, aún sin caída aparente.

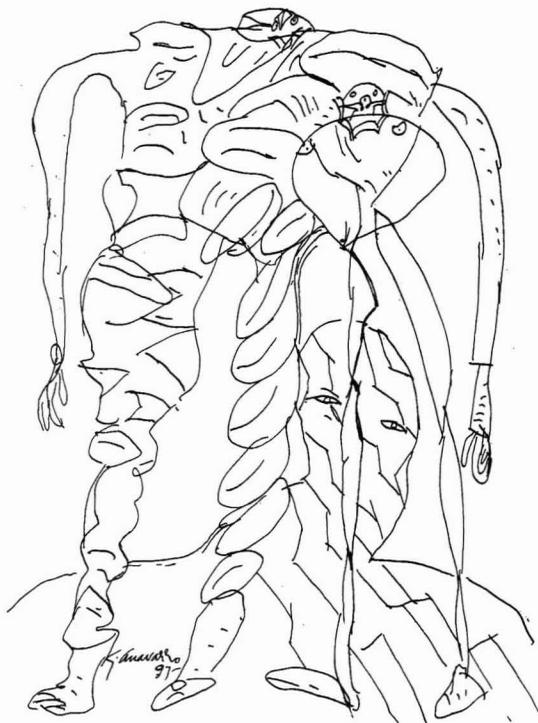
En uno de sus viajes a la luna pudo escribir: “Es necesario hablar: dejar caer palabras en su pequeño corazón como si fueran joyas.” Y es así como en este libro ha logrado reunir un corazón repleto de ellas: señales de viaje y de identidad, de filiación y de compañía. En una palabra: *comunió*n del poeta con sus poetas y también del poeta con sus lectores. Yo, que lo soy desde sus primeros libros, creo encontrar en este último el taller personal y la forja en la que el poeta ha sometido sus mejores metales, las monedas pulidas con las que paga el poeta su servicio ofrendado a la poesía, a la Diosa. *El oro más pulido*, como promete el título del libro que recientemente lo ha hecho acreedor al Premio Internacional de Poesía Jaime Sabines.

Y fue al salir de una de las sesiones del taller, cuando Efraín nos invitó a Leonardo Cruz Parcerero y a mí a presentar este libro. Durante algún tiempo no cesaba de preguntarme por qué, siendo yo un aprendiz del oficio, se me había confiado hablar de un libro en el cual ya todo está dicho. Sólo más tarde, al leer y releer, al revivir los fragmentos no sólo del libro sino de un proceso y un aprendizaje, pude darme cuenta de que en este pequeño ejemplar Efraín nos daba la medida de la ambición, de la soberbia y de la humildad para portar el alto nombre de poeta.

Es, pues, una lección última y un recuento de experiencia, trabajo y vida de quien expresó en la sesión final que tuvimos con él (espero no falsear sus palabras) que consideraba la impartición de un taller como el gesto de mayor generosidad y desprendimiento en un poeta, ya que ello implicaba poner la intuición y conocimiento adquiridos a lo largo de muchos años, al servicio de los ensayos de los que comienzan a buscar y encontrar una voz que los nombre.

Este libro representa una doble generosidad, pues en él se hallan, a la vez,

las fuentes y la fragua del taller personal, del propio aprendizaje. Mas el libro, y esto creo que es de suma importancia, además de un desarrollo y una poética, constituye también una toma de posición y un acto de fe frente a la poesía y los poetas, nombres ambos desgraciadamente injuriados y calumniados con demasiada frecuencia en la actualidad por ladrones ya no del fuego, sino simples ladrones: ordinarios carteristas del título de poeta. Título, por lo demás, que en palabras de Valera “sólo por aclamación se alcanza”. No desde las oficinas de prensa, ni desde las revistas de moda, de modo y de acomodo. No desde los grupúsculos literarios, las escuelas o la Academia, donde los retóricos que ha visto



Miloz “sentados en sus sillas de vidrio desenrollan rollos largos, metros de nobleza”. Ni sobre el escenario donde “truenan los metales y los cueros y todo el mundo salta, se inclina, retrocede, sonrío, abre la boca, ‘pues sí, claro que sí, por supuesto sí...’ y bailan todos bien, bailan bonito, como les piden que sea el baile”. Salones literarios o políticos, políticos o literarios, que conoció Heberto Padilla y que conocemos todos.

Por todo esto, tomando al pie de la letra las palabras de Ramón López Velarde: “Yo no creo en una poesía que no

nazca de la combustión toda de mis huesos”, Efraín Bartolomé no se amilana frente al circo y sus maromas. Por eso parece decir en este libro, junto con Whitman: “Más allá de tus lecciones, sabio profesor, más allá de tu telescopio o espectroscopio, penetrante observador, más allá de toda matemática...” están los poetas y el poema. Un acto de fe que le ha costado a Efraín numerosos inquisidores. Y se ganará más, qué bueno. Ya lo declara Neruda en estas líneas:

Los incendiarios, los guerreros, los lobos, buscan al poeta para quemarlo, para martarlo, para morderlo ... Pero la poesía no ha muerto, tiene las siete vidas del gato, la molestan, la arrastran por la calle, la escupen y la befan, la limitan para ahogarla, la destierran, la encarcelan, le dan cuatro tiros, y sale de todos estos episodios con la cara lavada y una sonrisa de arroz.

En este libro *La poesía* es lo que es, lo que nunca ha dejado de ser. Lo sabía Antonio Machado: “Sólo lo eterno, lo que nunca dejó de ser, será otra vez revelado y la fuente homérica volverá a fluir.” De Homero a Robert Graves, de Catulo a Sabines, pasando por Blake, Baudelaire, Lugones, Lope; de la A de Apollinaire a la W de Whitman, Efraín Bartolomé se afirma en la fe de sus mayores y nos muestra un camino de luz hacia el relámpago: único dios que puede ser propicio a los poetas ya que algunas veces nos ilumina y otras nos parte, según Char.

Si, como creo, es éste un libro-taller de poetas para poetas, puede ser también una brújula y una tea en las manos de los lectores de poesía que quieran conocer quiénes son y de qué están hechos esos hijos del relámpago, esos ladrones del fuego, cuyo trabajo—lo dice Eduardo Carranza—“es ir cayendo todos los días hacia el corazón”. ♦

Efraín Bartolomé: *La poesía*, Praxis (Colección Relámpago Nocturno), México, 1996. 223 pp.